

ALEJANDRO DE HUMBOLDT SINTESIS DE LA VIDA DE UN HOMBRE EXCEPCIONAL

Eugenio de Bellard Pietri

El 16 de julio de 1999 se cumplieron dos siglos de la llegada a Venezuela del Barón Alejandro de Humboldt y de Aimé Bonpland, quienes iniciaban en nuestra patria su extraordinario viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente, un viaje científico que jamás ha sido igualado en resultados.

No he querido que pase esta efemérides excepcional sin dejar mi elogio del último sabio universal, lo cual no poco me inquieta, por que ya *todo* se ha dicho de este gigante del conocimiento, y ciertamente, nada queda por añadir luego de tantas investigaciones que se han conducido a nivel mundial siguiendo sus huellas, estudiando sus vastas obras y analizando su pensamiento. *Todo* lo que podía decirse de Humboldt en Venezuela ya ha sido expresado con entusiasmo, autoridad y admiración. Eduardo Röhl, eximio académico múltiple, en muchas oportunidades elogió al magnífico sabio, con palabras llenas de veneración que a la vez destacaban su maestría en el dominio de la lengua castellana, de lo cual carezco enteramente. Eduardo Röhl, sin la menor duda, ha sido el máximo humboldtiano de Venezuela.

Así pues, no me queda otro recurso que seguir discretamente tras las huellas que me han precedido y tratar de traer y presentar detalles poco conocidos y algún episodio particularmente impactante de Alejandro de Humboldt, hombre incomparable que, siguiendo los pasos de Aristóteles y de Galileo, abrió nuevos caminos a la comprensión del hombre, de su dignidad y de sus valores intrínsecos y fijó las bases para un nuevo enfoque científico universal. El pasado 16 de julio se cumplieron 200 años de su llegada a Cumaná, fecha memorable.

Nació Alejandro de Humboldt en Berlín un 14 de septiembre de 1769, y desde niño mostró una especial predilección por las ciencias naturales: coleccionaba piedras, flores, conchas marinas, insectos, etc. Nació en el mismo año que Napoleón y el gran naturalista Cuvier, y creció en ciencia y conocimiento en el siglo de Bolívar y de Goethe, del químico Lavoisier, del gran zoólogo

Buffon, del primer explorador del Chimborazo y del Amazonas: La Condamine, del naturalista Lamarck, del astrónomo Laplace y del extraordinario navegante del océano Pacífico James Cook. Fue un siglo espectacular en el campo de la ciencia.

En 1789 termina sus estudios universitarios en la Escuela Superior de Göttingen, se dedica a estudiar profundamente mineralogía y geología y publica "Observaciones Mineralógicas de algunos Basaltos del Rhin". Ya en 1792, a los 23 años, sus conocimientos enciclopédicos asombraban en las reuniones en las cuales participaba.

Luego ingresa en la Academia de Minas de Freiberg cuyos estudios lo proyectan y es nombrado Asesor en el Departamento de Minas de Berlín donde concluye en 1793 su notable escrito en latín "Specimen Florae Friburgensis".

Este tuvo gran aceptación en el mundo científico. En 1794 conoció en Jena a Goethe, genial poeta, escritor, estadista, crítico literario, educador y científico, quien le fue presentado por su hermano Guillermo de Humboldt. También conoció entonces al otro gran poeta, Schiller, con todos los cuales departía intensamente en largas sesiones y tertulias de intercambio cultural. En 1797 concluyeron sus actividades mineras y habiendo fallecido su madre, recibe una considerable fortuna, la cual le dio una notable independencia económica.

Se establece en París en 1798, donde su gran fama y reconocido talento le abrieron las puertas sociales más exclusivas y le permitieron entablar amistad con los sabios químicos Vauquelin y Thénard, los botánicos Jussieu y Lamarck, el zoólogo Cuvier, los astrónomos y matemáticos Delambre y Laplace y el explorador universal Bougainville.

Ya para entonces Humboldt había buscado sin suerte unirse a expediciones científicas importantes, como la de Egipto y Aswan del excéntrico inglés Lord Bristol. Luego fue el intento por participar en un viaje alrededor del mundo con Bougainville, el cual duraría 5 años, de los cuales los 2 primeros se dedicarían a la América del Sur. Bougainville invitó a Humboldt a unirse a él, quien aceptó entusiasmado. Pero se inició entonces la guerra entre Francia y Austria y la expedición fue pospuesta indefinidamente, cuando ya Humboldt tenía todo listo, los equipos científicos comprados y debidamente preparados para tan largo viaje. Una tercera iniciativa, igualmente frustrada, fue la de explorar el norte de Africa con el joven médico y botánico Aimé Bonpland, al cual había conocido en París. Antes de partir, ambos científicos tuvieron conocimiento de que en Túnez se detenían y ponían presos a todos los extranjeros que llegaban.

Sin arredrarse por los fracasos afrontados, Humboldt inicia entonces su memorable viaje a España en compañía de Bonpland, ya decidido definitivamente a financiar y organizar personalmente su propia expedición. Su objetivo ahora era Esmirna, en Turquía, Asia Menor. Fue entonces, en marzo de 1799, cuando es presentado en Aranjuez en la corte de Carlos IV, gracias al apoyo absoluto del Primer Ministro Don Mariano Luis de Urquijo. Obtiene allí de la monarquía española el más amplio y completo pasaporte jamás dado en ese país para una visita a sus dominios americanos y se convino que los gastos de la expedición serían todos por su cuenta. El nuevo continente que esperaba a Humboldt y Bonpland era, ciertamente, “terra incógnita”, y sólo el científico francés La Condamine lo había visitado en 1735.

Salieron de España por La Coruña hacia las islas Canarias y América en la corbeta Pizarro, que iba con destino a Cuba. En las Canarias, ambos exploradores ascienden al magnífico volcán conocido como El Teide e inician sus estudios vulcanológicos y medidas barométricas y astronómicas, los cuales les darían fama universal. Salidos de estas islas, los navegantes tuvieron en alta mar un grave problema sanitario: se había desencadenado una seria epidemia, al parecer de fiebre tifoidea. Ello desarticuló el viaje a Cuba y el navío fue desviado hacia tierra firme, hacia Cumaná.

Y así desembarcaron Humboldt y Bonpland hace dos siglos, en las doradas arenas guaiquerías, el 16 de julio de 1799, atónitos ante su poética belleza, asombrados ante las desconcertantes maravillas del trópico, de un paraíso natural jamás soñado. Acaso lo que más impacto a los jóvenes científicos en Cumaná fue el espléndido cielo estrellado, la perfecta transparencia de la bóveda celeste, la increíble luminosidad del planeta Venus visto desde esta latitud.

Luego de hacer sus primeras mediciones y de recoger a diestra y siniestra plantas, minerales y animales, los dos científicos comienzan sus largas marchas en torno a Cumaná, visitan las salinas de Araya y el imponente Castillo de Santiago, cuyas dimensiones impresionan a los visitantes. El 4 de septiembre inician su penetración hacia el sur, exploran las estupendas selvas del Turimiquire y visitan los pueblos de Arenas, Cumanacoa, Cocollar, San Antonio y Guanaguana para luego adentrarse en el bello y acogedor valle de Caripe, donde los capuchinos habían fundado la Misión de Santa María de los Angeles del Guácharo en octubre de 1659, primera población levantada por los misioneros en la Provincia de Cumaná. Allí los reciben espléndidamente los capuchinos aragoneses y les dan alojamiento en su convento. En Caripe los científicos incrementan sus colecciones botánicas y Humboldt estudia a los indios chaima.

El 18 de septiembre tiene lugar la memorable visita que hacen a nuestra espectacular Cueva del Guácharo, cuya imponente entrada arrancó al sabio

una emocionada confesión; cito: “La realidad sobrepujo en mucho mis esperanzas”. La belleza del lugar conmueve a Humboldt, pues al majestuoso vestíbulo de la cueva lo adornan blancas flores de ñongué, orquídeas, heliconias y otras plantas de gran colorido. Penetran los viajeros en la sombría magnificencia de la espelunca y Humboldt estudia y clasifica al ave maravillosa de la caverna: el guácharo, única ave del mundo dotada de un sistema de ecolocalización semejante a los murciélagos.

Humboldt y Bonpland todo lo ven y todo lo anotan a medida que incursionan cueva adentro donde ya la penumbra se torna noche eterna. El riachuelo que sale de esta cripta grandiosa, la obscuridad reinante y el grito de los guácharos, le recuerdan a Humboldt pasajes de la mitología griega, y dice: “La gruta de Caripe es el Tártaro de los griegos y los guácharos que revolotean sobre el torrente lanzando gritos quejumbrosos, recuerdan las aves estigias”. Fin de la cita. En tan impresionante escenario iluminado por los chaimas con hachones encendidos, ciertamente sólo faltaba la barca de Caronte y la sombra de Plutón.

Penetraron los visitantes en la caverna 472 metros, o sea, hasta el pié de la inmensa formación que hoy conocemos como El Castillo. En ese lugar coloqué junto con mis compañeros espeleólogos de la Sociedad Venezolana de Ciencias Naturales, el 18 de septiembre de 1959, Primer Centenario de la muerte de Humboldt, una placa de mármol conmemorativa que todavía recibe al visitante.

A la salida de esta estupenda catedral subterránea Humboldt confesó asombrado, cito: “Costábanos trabajo persuadirnos de que el nombre de la gruta de Caripe hubiese podido permanecer hasta entonces enteramente desconocido en Europa. Los guácharos por sí solos hubieran bastado para hacerla célebre”. Impresionados, los dos científicos abandonaron la enorme caverna y volvieron a Caripe.

El 22 de septiembre iniciaron el regreso a Cumaná siguiendo la vía San Agustín, Catuaro, Cariaco, hasta llegar nuevamente a Cumaná. Fue durante esta segunda estadía en Cumaná que el 4 de noviembre tuvo lugar un fuerte temblor y el 12 vieron maravillados una espectacular lluvia de estrellas fugaces. Desde luego, ambos fenómenos fueron objeto de detallados estudios por parte de los científicos.

El 18 de noviembre ambos exploradores se dirigen por mar a Caracas; Bonpland se baja en Higuerote para seguir hacia la capital herborizando por las montañas de Capaya y de Chuspa, y Humboldt desembarca en la Guaira. El recibimiento en Caracas fue fastuoso y ambos viajeros se sintieron particularmente complacidos. Los salones mantuanos se abrieron para prodigar todo

género de atenciones a los ilustres viajeros. Humboldt quedó encantado con la noble hospitalidad de Caracas y con la dulzura de su clima, al cual calificó de “eterna primavera”. Años después escribió a su amigo Domingo Tovar y Ponte; cito: “No hay lugar del cual nos recordemos con más gusto que de la bella ciudad de Caracas, la que por su situación pintoresca, su temple, sus edificios y particularmente, por la civilización intelectual y finura del trato social, merece el lugar más distinguido entre las capitales del Nuevo Continente”.

El 2 de enero de 1800 ambos sabios escalan la Silla de Caracas y regresan a la ciudad, ya caída la noche, con una bella colección de plantas y de flores. El 7 de febrero inician su viaje hacia los valles de Aragua. Pasan por Los Teques, El Consejo, La Victoria, Turmero, Maracay y conocen el imponente Samán de Güere, el cual recordará Humboldt emocionado en su ancianidad al ver un xilgrabado del mismo realizado por Pal Rosti. Visitan luego las fuentes termales de Mariara y las de Las Trincheras, bajan a Puerto Cabello y regresan finalmente a Valencia, para iniciar de inmediato el largo viaje hacia su objetivo fundamental: el Orinoco y el Brazo Casiquiare. Humboldt, poeta y científico, se impresiona con la belleza que lo rodea a la vista del llano y dice: “Cuando se han dejado atrás los valles de Caracas y el Lago de Tacarigua sembrado de numerosas islas, donde se reflejan los bananeros que bordean sus orillas; cuando se han dejado atrás los campos embellecidos por la suave y transparente verdura de la caña de azúcar de Tahití o el sombreado follaje de los cacaotales, los ojos se reposan hacia el sur, sobre las llanuras que parecen elevarse en el horizonte, con sus márgenes de una lejanía indecible”.

El 15 de marzo entran en Calabozo, donde con gran asombro conoce a un venerable y habilidoso científico, Don Carlos del Pozo, quien con apenas la ayuda de unos libros de física había construido varios aparatos eléctricos, electróforos y baterías, según palabras del propio Humboldt, cito: “un material casi tan completo como el que poseen nuestros físicos en Europa”. Estudia luego, asombrado, los grandes gimnotos, los llamados tembladores, y hace un análisis anatómico de los mismos, el cual causó sensación en Europa a su regreso de América. Siguen los científicos su camino, llegan a San Fernando de Apure y continúan hacia el Orinoco, cuyas aguas y dimensiones pasan de asombro a los viajeros el 5 de abril, cuando arriban a sus riberas. Salvan entonces los temibles raudales de Atures y de Maipures y siguen hacia el sur.

El río Atabapo impresiona con su belleza y aguas límpidas a los viajeros y Humboldt escribe con evidente emoción: “Nada puede compararse con la belleza del Atabapo”. Ambos naturalistas, luego de innumerables trabajos y atacados inmisericordemente por zancudos y jejenes, finalmente llegan al soñado objetivo básico y fundamental de toda la expedición: el Brazo Casiquiare, maravilla natural única en el mundo, la cual une las hoyas hidrográficas de los

dos ríos gigantescos de América: el Amazonas y el Orinoco. Pasando penurias increíbles suben el Casiquiare; haciendo observaciones astronómicas, llegan a La Esmeralda y luego regresan por el Orinoco, maltrechos pero felices por los excepcionales resultados logrados. Llegados a los raudales de Atures visitaron la imponente Caverna de Atarupe, en la cual vieron los restos de unos 600 esqueletos indios pintados de rojo con onoto. Y siguieron su viaje de regreso, cansados, maltrechos y débiles, pero felices por los resultados obtenidos. Llegaron a Angostura (hoy Ciudad Bolívar) el 13 de junio.

Finalmente regresaron a Cumaná a finales de agosto y pasaron a Barcelona. El enorme viaje exploratorio, pleno de brillantes éxitos, había llegado a su fin. Escribe entonces el sabio a su hermano Guillermo; cito: “Tal vez no exista otro país en todo el universo donde se pueda vivir en una forma más agradable y más tranquila que en las Colonias de España, que yo he recorrido desde hace quince meses...” Fin de la cita. Difícilmente se puede escribir un elogio más bello y sentido de Venezuela.

El 24 de noviembre de 1800, Humboldt y Bonpland salen de la Nueva Barcelona y abandonan a Venezuela luego de una estadía extremadamente productiva de 16 meses, indudablemente el período más fructífero y hermoso de todo su descomunal viaje a las regiones equinociales del nuevo continente. En La Habana, donde permanecen escaso tiempo, ordenaron sus ya vastas colecciones de plantas, animales y minerales, parte de las cuales envían a Europa. Pasaron luego a la Nueva Granada vía Cartagena e inician la travesía de este país remontando el río Magdalena hasta el puerto de Honda, desde donde siguen hasta Bogotá. Allí conocieron y departieron con el ilustre botánico José Celestino Mutis. Continúa Humboldt su itinerario y explora los bosques al pie de los volcanes Puracé y Soratá. Conoce entonces al notable científico neogranadino Francisco José de Caldas quien lo esperaba y acompaña hasta Quito, donde se radican por seis meses.

La exploración que hace en Quito en 1802 del volcán Pichincha no deja de ser espeluznante por los detalles que narra Humboldt y que transcribo por lo interesantes. Cito: “Hice mi primera excursión acompañado de un indio. Como La Condamine se había acercado al cráter por la parte baja del reborde, que está cubierto de nieve, yo hice mi primera tentativa por esa misma dirección y siguiendo sus huellas. Estuvimos a punto de perecer. El indio cayó, hundiéndose hasta el pecho en una hendidura, y con horror nos dimos cuenta de que habíamos pasado por un puente de nieve endurecida, pues a pocos pies de nosotros se veían agujeros que dejaban libre entrada a la luz. Sin saberlo, caminábamos sobre bóvedas que cubrían el cráter. Espantado pero no desalentado, cambié de proyecto...subí a una...roca y encontré en el vértice una piedra que, sostenida por un lado y minada por la base, avanzaba sobre el abismo en forma

de balcón. Allí me instalé para hacer mis experiencias. Pero la piedra no tenía más de doce pies de largo y seis de ancho y la agitaban con violencia las frecuentes sacudidas de los temblores. Contamos 18 en menos de 30 minutos. Para examinar mejor el fondo del cráter nos echamos boca abajo. No es posible imaginar nada más triste, más lúgubre ni más espantoso que lo que vimos entonces...La cavidad es de una inmensa negrura; pero el abismo tiene tales dimensiones que se distinguen en su interior las cimas de muchas montañas...” Fin de la cita de Humboldt. La lectura de este texto pone en máxima evidencia no sólo los riesgos que tomaba el sabio en busca de datos científicos, sino la valentía y serenidad de ánimo que siempre lo acompañaron en los momentos más difíciles. No se arredraba ante el peligro; buscaba la manera de sortearlo.

No contento con esta peligrosa experiencia, continúa su visita de los volcanes ecuatorianos Cotopaxi, Antisana, Tungurahua, Iliniza y el más espectacular y desafiante de todos: el Chimborazo, al cual se le consideraba entonces como el pico más alto del mundo. El ascenso de este coloso fue épico y Humboldt y Bonpland llegaron a los 5.882 m., a sólo 400 m. de la cumbre, primera vez que el ser humano llegaba a semejante altura. Los estudios de Humboldt sobre estos volcanes realmente fueron de una excepcional importancia geológica y revolucionaron los conocimientos que hasta entonces se tenían sobre vulcanología y aún la geología misma. Bajaron luego ambos sabios hacia el sur y visitaron las antiguas ruinas incaicas y los bosques de quina en Cajamarca. A su paso hacia Lima por los espectaculares restos del imperio de Atahualpa, Humboldt anota asombrado estos interesantes comentarios sobre el idioma quéchua que hablaban los indios: cito: “ es tan rico en giros finos y múltiples que los señores jóvenes comienzan habitualmente a hablar el quéchua cuando han agotado todo el tesoro del castellano, a fin de musitar cumplidos a las damas. Estos ...idiomas y algunos otros igualmente ricos podrían bastar para convencerse de que América poseyó una vez una cultura muy superior a la que los españoles encontraron allí en 1492”. Fin de la cita.

Igualmente se asombró el sabio con los restos del camino imperial de los incas. La permanencia en Lima no fue prolongada y el 5 de diciembre siguieron viaje hacia Guayaquil y México. Estudió Humboldt las corrientes marinas que circulan en esta zona del Pacífico e identificó las características de una fría muy fuerte, que sube por la costa de Chile para doblar finalmente hacia el oeste, hacia las islas Fiji y Australia en el Pacífico occidental. Tal corriente recibió y mantiene hoy el nombre de Corriente de Humboldt.

En marzo llegaron los viajeros a Acapulco y siguieron hacia la capital de México, no sin antes visitar en Taxco sus célebres minas de plata y también las

no menos famosas de Real del Monte y Guanajuato. Ascienden los volcanes de Jorullo, Toluca, Popocatepetl y Orizaba y estudian la gigantesca pirámide de Cholula, levantada por los toltecas, como también muchos monumentos aztecas. La estadía en México permitió a Humboldt investigar y analizar numerosos aspectos sociales y culturales de ese virreinato y producir su famosa obra “Ensayo Político sobre el Reino de Nueva España”, un estudio magistral de economía y de geografía política.

Luego de casi un año de permanencia en México, embarcan para La Habana y siguen luego a los Estados Unidos en abril de 1804, donde los esperaba y recibió espléndidamente el presidente Tomás Jefferson. Humboldt y Jefferson tuvieron muchas reuniones y en éstas el americano logró obtener una información considerable sobre las fronteras occidentales de los Estados Unidos con la Nueva España. El 30 de junio Humboldt y Bonpland regresan a Europa. La grandiosa expedición de seis años, cumplida entre 1799 y 1804, había costado a Humboldt la tercera parte de su fortuna.

No puede dudarse razonablemente aún hoy día de que el viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente de Humboldt y Bonpland constituye la expedición científica más completa, vasta y rica en conocimientos y resultados que jamás se ha hecho en el mundo. Habían recorrido unos 9.600 kilómetros a través de llanos ardientes, selvas inmensas, ríos traicioneros y sierras heladas y también habían navegado en las aguas procelosas de los dos océanos más grandes del planeta, el Atlántico y el Pacífico. Regresaron a Europa con 45 cajas contentivas de increíbles muestras botánicas, zoológicas, minerales y etnográficas. El voluminoso conjunto precioso de información escrita que llevaron al viejo continente, plena de datos oceanográficos, biológicos astronómicos, geológicos y meteorológicos, conformó un tesoro científico de valor incalculable. En resumen, su vasta documentación y conocimientos adquiridos constituyeron para Humboldt la base para un nuevo enfoque universal de la geografía y la piedra angular de la geofísica moderna. Había así estructurado el fundamento de su obra magna futura, el Cosmos.

El regreso a Europa fue apoteósico y la entrada de Humboldt en París resultó todo un acontecimiento celebrado con mucho estrépito. Se le dio la recepción de un héroe. El célebre químico Berthollet, luego de oírlo en una exposición que hizo el viajero en el Instituto Nacional sentenció: “ese hombre es toda una academia en marcha”. También trató intensamente nuestro sabio al astrónomo Arago, quien después fue su gran amigo; al matemático Laplace, autor de la Mecánica Celeste; a los químicos Gay-Lussac, Thenard y Vauquelin y al sabio Lamarck. El único gran personaje que en modo alguno celebró el regreso del viajero extraordinario fue Napoleón Bonaparte, a quien evidentemente no le simpatizaba el enorme prestigio que había adquirido el alemán.

Pero Humboldt se adaptaba estupendamente a París pues sólo encontraba allí a los grabadores, dibujantes e impresores que requería para sacar a la luz pública sus maravillosos libros y trabajos bellamente ilustrados por verdaderos artistas. Además, París bajo Napoleón se había convertido en el centro mundial de las ciencias y una gran cantidad de sabios se habían concentrado en ella. Compartió el viajero entonces sus valiosas colecciones con institutos y grandes personajes, pero la mayor colección botánica la retuvo Bonpland.

Uno de los descolantes y trascendentales sucesos en la vida de Humboldt fueron sus encuentros con Bolívar, primero en París y luego en Roma. En el París agitado, ruidoso y libertino de 1804, donde la frivolidad se codeaba con la ciencia y con la cultura más refinada en los grandes salones de la sociedad, tiene lugar en noviembre el primer encuentro de estos dos gigantes universales, el sabio naturalista y el futuro Libertador de cinco países. Sabedor del profundo conocimiento que había adquirido el germano de la vida social y sentimientos políticos de los pueblos que había visitado, Bolívar, con apenas 21 años, le pregunta al sabio su opinión de cómo veía las posibilidades de emancipación de las colonias de la América española. Humboldt, quien indudablemente había tratado en Caracas a familiares de su joven interlocutor y conocía su rango social y económico, debe de haberlo mirado con simpatía y condescendencia cuando le contestó, según narra O'Leary en sus Memorias, que la fruta estaba madura pero que no veía al hombre capaz de resolver el problema.

Fue Bonpland y no Humboldt quien más intercambió ideas con Bolívar sobre tema tan candente y revolucionario, y fue Bonpland quien captó el dinamismo y capacidad del joven mantuano, entrevió la excepcional personalidad que tenía delante y lo animó y entusiasmó en sus ideales libertadores. Años después, cuando un Bolívar de talla universal sacudía en Europa los ambientes políticos llenos de admiración, Humboldt reconoció que nadie fue más sorprendido que él mismo por el desarrollo extraordinario de Bolívar y admitió que le había faltado la visión penetrante que sí tuvo Bonpland cuando le manifestaba que ese joven mantuano tenía la capacidad de llevar adelante su afán independentista. Como veremos más adelante, entre ambos colosos intelectuales surgió una mutua y profunda admiración y respeto.

El segundo encuentro de estos dos gigantes mundiales aconteció en Roma en julio de 1805, cuando Humboldt se desplazó a Nápoles con sus grandes amigos el químico Gay-Lussac y el geólogo Leopold von Buch para estudiar una erupción del volcán Vesubio. De este encuentro no he encontrado detalle escrito alguno.

Humboldt pasa luego a Berlín y, muy a su pesar, vive una vida poco fructífera hasta su regreso a París en 1808, en la cual se establece por varios años, ya

rodeado nuevamente del ambiente dinámico y animado que tanto anhelaba. En París demostró su formidable y legendaria capacidad. Dormía durante largos períodos de trabajo apenas 3 o 4 horas. Fue una época de investigaciones intensas para estructurar, escribir y luego llevar a los impresores sus trabajos. También encontraba tiempo para acudir a reuniones de gran clase donde, en ambientes refinados de sociedad, conversaba y comentaba los más variados temas culturales. Tales reuniones eran muy concurridas y su prestigio aumentaba con ellas y con su presencia, ciertamente impactante. Humboldt, además, era un escritor prodigioso y escribía hasta 2.000 cartas por año, todas de su puño y letra.

Los años que mediaron entre su regreso a Francia en 1804 y 1828 fueron ciertamente azarosos por la desconfianza que le tenía Napoleón y por problemas económicos que nunca le faltaron. Su Viaje a las Regiones Equinociales fue impreso en 30 volúmenes en 30 años (entre 1805 y 1834). Tal publicación fabulosa prácticamente lo arruinó económicamente. Fue un trabajo sin duda colosal.

Bonpland regresó a la América en 1816 luego de terminar la edición de una parte muy pequeña del enorme cúmulo de trabajo botánico que se esperaba de los expedicionarios. Se trasladó al Paraguay, siempre en expediciones botánicas y fue detenido por el dictador de ese país, el Dr. Francia, quien lo tuvo preso desde 1821 hasta 1830. Bonpland murió muy pobre en 1858, a la edad de 85 años.

En 1814 Humboldt visitó a Inglaterra acompañando al rey Federico Guillermo de Prusia, al príncipe Metternich y a su hermano Guillermo de Humboldt. Logró con el Príncipe de Gales, futuro rey Jorge IV, su apoyo para una expedición en extremo ambiciosa, costosa y peligrosa, destinada a visitar Persia, cruzar la India y el Tibet, las cordilleras del Karakoram y el Himalaya, Ceylán, Malaya, Java y las Filipinas para regresar finalmente a Europa vía América. Tal proyecto ambicioso colapsó por la negativa de la muy poderosa British East India Co., la cual lo consideraba persona no grata por sus actitudes liberales, defensa de los nativos y por su rechazo total a la esclavitud. La East India temía la personalidad humana, generosa y abierta de Humboldt.

Luego de esta fallida ilusión, la vida del sabio se complicó con los cambios políticos acaecidos en Prusia. Personajes envidiosos, *nunca faltan ni siquiera en el mundo científico*, lo hostigaron bastante y le hicieron la vida desagradable. Por otra parte, había gastado casi la totalidad de la fortuna que había heredado de su madre en el viaje a América y en las costosísimas y espectaculares publicaciones que habían hecho una realidad sus sueños de abrir ante el mundo

de la intelectualidad los tesoros naturales e históricos que él había tenido el privilegio de conocer.

Entonces empezó a madurar su gran sueño y objetivo fundamental: el estructurar su tesis universal sobre una profunda armonía en la naturaleza, donde todo, absolutamente todo, mantenía una interrelación perfecta. El resultado de su excepcional visión general de la tierra y del universo fue su obra magistral: el *Cosmos*, una presentación extraordinaria del todo cósmico. A partir de 1828 inició Humboldt en Berlín una serie de conferencias en las cuales derrochó sus conocimientos y los avances que había logrado. Científicos de todo el mundo acudieron a las mismas aumentando su ya enorme prestigio.

Fue entonces en 1829 cuando se le presentó la oportunidad que tanto había soñado: un viaje a Rusia, la Siberia y el Asia Central. Humboldt llevó consigo a esta gran expedición a dos científicos: Ehrenberg, zoólogo y Gustav Rose, un joven químico y mineralogista. El sabio fue recibido con gran pompa por la corte imperial en San Petersburgo y el zar Nicolás I lo trató espléndidamente. Finalmente, luego de una muy dura travesía, llegaron los viajeros a los Montes Urales para estudiar y verificar sus grandes reservas minerales: oro, platino, hierro, cobre y muchos otros elementos. Humboldt, gran conocedor de la geología, había pronosticado que en esas montañas se encontrarían diamantes, junto con el oro y el platino de aluvión. Aunque personalmente no encontró la presencia del diamante en los Urales, estimuló su búsqueda y finalmente su descubrimiento; lo cual acaeció antes de su llegada a San Petersburgo, ya de regreso, y causó una gran conmoción en la corte imperial.

Siguieron los viajeros hacia el este y hacia el sur y llegaron así a los Montes Altai y a los extremos de la Dzungaria china. Sufrieron con el calor, con los célebres zancudos siberianos y con las peligrosas crecidas de los ríos. Nos debe llenar de satisfacción y de orgullo a los venezolanos que Humboldt recordó vivamente en estos desolados confines de la Siberia su viaje por el Orinoco. Finalmente llegaron los viajeros a la frontera con la China. Frente a ellos estaba la Mongolia y las estepas del Turkeistán Chino. Vieron entonces en el remoto horizonte las primeras cadenas montañosas nevadas. Debieron haber sentido entonces una profunda emoción: la de haber visto donde se inician las mayores cordilleras del planeta.

Iniciaron el regreso, pasaron nuevamente por esos horizontes sin principio ni fin, la imponente taiga siberiana, bajaron hacia el Mar Caspio y Astrakhan y finalmente entraron en Moscú con un lote muy grande de informaciones científicas de las más diversas, muestras mineras y biológicas. En casi 6 meses habían viajado nada menos que 15.500 kilómetros. La recepción que le hicieron a Humboldt en Moscú fue monumental, como también fue su recibimiento por

el zar en San Petersburgo, y su regreso a Berlín marcó época pues el sabio había recorrido en total 18.400 kilómetros, casi la mitad de la circunferencia terrestre. Fue esta la última expedición del sabio universal.

Vista esta extraordinaria expedición a la Siberia con imparcialidad, los grandes comentaristas y científicos están de acuerdo en que la misma no se puede comparar con su viaje a América en cuanto a resultados. Años después Humboldt publicó su obra de geografía descriptiva, *Asia Central*, en 3 volúmenes, muy modesta frente a su prodigiosa producción luego del viaje al nuevo mundo.

Humboldt siempre se preocupó y ayudó a numerosos científicos en sus necesidades económicas con increíble generosidad, aunque con ello afectaba sus propios fondos ya escasos, e inició su maravillosa obra de entusiasmar a los hombres de ciencia jóvenes y valiosos que lo visitaban, para que fueran a América a completar los estudios que él había iniciado.

Con esta visión plena de lo mucho que faltaba por estudiar y descubrir en la América Equinoccial, logró interesar a una pléyade de científicos y naturalistas, directa o indirectamente, con sus palabras y sus obras, para que viajaran a Venezuela. Y así hoy podemos señalar como visitantes de nuestra patria a hombres de la talla de Jean Baptiste Boussingault, químico; Ferdinand Bellermann, pintor; Anton Goering, ornitólogo y acuarelista; Hermann Karsten, geólogo y químico; Karl Ferdinand Appun, naturalista; Karl Moritz, Jean Jules Linden y Augusto Fendler, botánicos; Wilhelm Sievers, geólogo; Carl Sachs, médico y Adolfo Ernst, naturalista eximio, quien lo conoció personalmente en Berlín, ya muy anciano, en 1852.

Alejandro de Humboldt tuvo, indudablemente, una predilección extraordinaria por Venezuela, lo cual se nota en sus citas recogidas en sus obras y en sus Memorias, estas últimas aún no publicadas en su totalidad. Después de todo vivió en nuestra patria 16 meses, mucho más tiempo que en ningún otro país que visitó. Conservaba el sabio en su biblioteca un hermoso óleo del gran pintor Ferdinand Bellermann de la ciudad de Caracas, ciertamente un gesto de singular afecto por nuestra tierra.

Para Humboldt, Venezuela siempre ocupó en su corazón y en sus recuerdos un lugar privilegiado. Pal Rosti, naturalista húngaro que estuvo en Venezuela en 1857 recoge en sus "Memorias" estas palabras: "El 1º de noviembre de 1858 tuve la gran suerte de poder entregarle personalmente...a Alejandro de Humboldt...copia de mi colección de xilgrabados tomados en Venezuela. Para mi gran contento el glorioso anciano reconoció al instante el gran Samán (de Güere) que en su juventud, hace ya casi medio siglo, vio y describió, tan viva fue la impresión que causó en el alma del entonces joven viajero el hermoso

árbol, tan admirablemente fiel la memoria del famoso hombre que ya estaba tan cerca de la tumba y tan mínimo el cambio experimentado por el árbol gigante en 50 años”. Fin de la cita.

Bolívar tuvo siempre una gran admiración y respeto por Humboldt, sentimientos que se acrecentaron luego de las dos veces que tuvo la oportunidad de hablar con él en París y en Roma. Prueba de ello es su célebre carta del 10 de noviembre de 1821, en la cual dejó estas expresiones de afecto y suprema estimación; cito: “... estas letras...llevarán a Vmd la expresión de mi recuerdo, de mi afecto y de mi consideración. El barón de Humboldt estará siempre con los días de América presente en el corazón de los justos apreciadores de un grande hombre, que con sus ojos la ha arrancado de la ignorancia y con su pluma la ha pintado tan bella como su propia naturaleza....al contemplar cada uno de los vestigios que recuerdan los pasos de Vmd en Colombia, me siento arrebatado de las más poderosas impresiones. Así, estimable amigo, reciba Vmd los cordiales testimonios de quien ha tenido el honor de respetar su nombre antes de conocerle y de amarlo cuando le vio en París y Roma. Soy de Vmd. con la mayor consideración y respeto, Su más obediente servidor. Bolívar”. Fin de la cita. Mayor testimonio de estimación, ¡Imposible!

Humboldt, por supuesto, tenía una gran admiración por El Libertador y sus cartas a él son ejemplo de una verdadera veneración fuera de lo común, por un personaje que había tratado sin jamás vislumbrar la personalidad mundial en que se iba a convertir. Humboldt recomendó al Libertador varios jóvenes científicos de notable capacidad para que los mismos pudieran servir a las nuevas naciones libertadas.

Humboldt conforma a nivel mundial una figura prodigiosa con una personalidad magnética y, ciertamente, sintetiza a un hombre universal cuyos vastos conocimientos abarcaron todos los extremos del saber humano en el campo tecnológico-científico y fueron sumamente extensos en el área de la historia, antropología y ciencias sociales. Dominaba al menos 7 idiomas: alemán, francés, inglés, español, sueco, danés y latín. Su inmensa producción intelectual puede resumirse diciendo que sus trabajos, junto con las traducciones a otros idiomas y los escritos en colaboración con otros sabios, alcanzan a 636 memorias. Llenó a los centros científicos de Europa con miles de muestras minerales y especímenes zoológicos y 60.000 plantas, de ellas 6.300 nuevas para la ciencia. Ello constituye, sin la menor duda, un aporte realmente prodigioso si se consideran las dificultades confrontadas universalmente en los viajes a inicios del Siglo XIX.

Eduardo Röhl, el más grande de los humboldtianos de Venezuela, dijo estas bellas palabras en 1934: “Cábele a Venezuela la inmensa dicha de haber conocido a los tres más grandes genios que han impulsado la civilización del Nuevo

Mundo: Cristóbal Colón, Alejandro de Humboldt y Simón Bolívar”. Y como dijo en Europa el erudito Ferdinand Hofer, “La historia no nos muestra sino dos hombres en quienes el genio enciclopédico abraza todos los conocimientos humanos: Aristóteles y Humboldt”.

Humboldt aprovechaba el tiempo de una manera increíble, que para otras personas resultaba francamente agotadora.

Era incansable en sus investigaciones y pasaba de un experimento a otro, de un trabajo al siguiente, sin solución de continuidad. Tenía una capacidad fabulosa de adaptación inmediata al nuevo tema que manejaba, cuando abandonaba al anterior en el cual se había concentrado.

Detalle ciertamente intrigante en la vida de este hombre prodigioso son sus creencias religiosas. Su hermano Guillermo dijo una vez de nuestro personaje, con todo y que ambos habían sido educados luteranos, que “en cuanto a religión, Alejandro no tiene ninguna y ni siquiera la echa de menos”.

No obstante la opinión de su hermano, considero muy claras y contundentes en esta materia y desde luego sinceras, las palabras que consignó en una carta a su cuñada Carolina, esposa de Guillermo, al comentar su alarma ante el conocimiento de que su sobrino Teodoro, de apenas 16 años, se había unido a los partisanos rusos, cosacos, mongoles y austríacos que atacaban a las derrotadas columnas de Napoleón que se retiraban sobre el Elba. Humboldt, aislado por las graves circunstancias bélicas del momento dice a Carolina: “viviré aquí tan completamente aislado como lo estuve en el Orinoco...pero lo aceptaré alegremente si Dios en su Providencia todopoderosa conduce al triunfo a la humanidad oprimida...Cada batalla me llena de angustia pensando en Teodoro...Dios no permita que Teodoro se encuentre algún día con necesidad de mi apoyo...Pero si la Providencia lo dispusiera así...no hay nada que yo no sacrificaría para ayudarlo”. Rotundamente, éstas no son las palabras de un ateo.

Además, poco antes de morir, su sobrina Gabriela von Bülow y el cuñado de ésta, el General von Hedemann, encontraron en la mesa de noche del genio y al lado de la cama en que yacía, una hoja de papel que recogía el último escrito que había dejado el autor del Cosmos. Era una cita a puño y letra del Génesis que reza así: “Fueron, pues, acabados el cielo y la tierra con todo el ornato de ellos (Gen.2 - 1)”.

¿Se trata acaso de un reconocimiento final velado y postrero de la existencia del Creador del universo? Pienso que sí.

La filosofía de Humboldt probablemente queda mejor condensada en sus célebres palabras pronunciadas en el puerto de La Coruña, ya de salida hacia

América: “El hombre debe desear lo grande y lo bueno”. No deja de ser interesante comparar las mismas con las similares de Bolívar: “La gloria está en ser grande y en ser útil”. Uno y otro, indudablemente, cumplieron con inquebrantable energía, voluntad y decisión estas breves palabras que sintetizaron el objetivo y fines que ambos se habían trazado en sus vidas.

Ciertamente, Humboldt no fue un hombre religioso, pero tenía una extraordinaria cualidad espiritual que hizo de él el gigante de la ciencia que hoy conocemos: Humboldt tenía una gran mística: decía y creía firmemente en aquello que hacía, y hacía aquello en que creía firmemente. Nada lo detuvo. Estudiaba a fondo, razonaba todo con excepcional claridad y ejecutaba a conciencia. Por ello fue tan excepcional. ¡Fue único! Tenía la solidez profunda de la convicción en sus valores, la convicción de que hacía precisamente lo que había que hacer en su vasta búsqueda de la verdad cosmológica universal.

Y así se concentró nuestro sabio entonces para tratar de terminar antes de que la muerte lo arrebatara, su obra final: el Cosmos. Ya en 1834 había avanzado sus bases iniciales, su visión del mundo y del universo como una unidad perfectamente articulada y consistente, pero quien lea con cuidado sus obras puede percatarse de que ya en 1796, cuando apenas tenía 27 años, vislumbraba los lineamientos de tan vasta obra universal. En ese año había escrito: “He concebido la idea de una descripción física del mundo”. El primer volumen del Cosmos apareció en 1845, cuando Humboldt tenía 76 años y el cuarto tomo cuando ya había llegado a los 89 años. Del quinto y último tomo sólo pudo preparar la mitad de su contenido, cuyo volumen fue finalizado estrictamente en base a sus notas antes de ser dado a la publicidad. Cosmos es, sin la menor duda, un monumento extraordinario del saber, del pensamiento y de la indomable voluntad de trabajo del genio universal. Su importancia e impacto mundial fue tan notable que fue considerado como el producto más grande de la inteligencia.

Humboldt murió ciertamente pobre; sus biógrafos dan de ello vivo testimonio. Había gastado toda su fortuna en arar el universo en busca del saber. Su esfuerzo y sacrificio sin igual no fueron en vano. De ello da grandioso y terminante testimonio su obra final: el Cosmos.

La inmensa admiración por la imagen de Humboldt, por lo que significó y aún significa en el mundo de hoy a 140 años de su muerte, ha cristalizado en un maravilloso e inigualable despliegue de su nombre en elementos geográficos y científicos de primera magnitud, ciudades, plazas, edificios, calles y estatuas del mundo entero.

En Venezuela honramos a este sabio singular con el Pico Humboldt, segundo más alto del país; con la Sima Humboldt, el abismo más grande del mundo

en cuarcitas y segundo más grande del planeta en volumen, el cual tuve yo el honor excepcional de nombrar; la Cueva del Guácharo fue designada en 1949 Monumento Natural Alejandro de Humboldt; una estatua del genio adorna la plaza de la Cueva del Guácharo y bustos suyos estupendos presiden el Planetario de Caracas en el Parque del Este, el Observatorio Cagigal, la Asociación Cultural Humboldt y el Sendero de los Conservacionistas de Pozo Blanco, Acarigua; numerosas plazas, calles y edificios se honran con su nombre.

Más allá de las fronteras de Venezuela, la gran corriente oceánica del Pacífico que llega hasta el Perú antes de desviarse hacia la Polinesia se llama Corriente de Humboldt; 20 ciudades, pueblos y lugares en el continente americano llevan su nombre; 10 parques; 6 ríos, 5 bahías, 3 lagos, 6 cordilleras (una de ellas en China); 7 montes, 2 glaciares (uno en Ecuador y otro en Groenlandia), 2 picos (uno en Venezuela, que ya mencionamos, y otro en los Estados Unidos, en Colorado), una sierra en México y 4 cuevas (una en Bavaria, una en Acapulco, otra en Nevada, Estados Unidos, y la enorme Sima Humboldt del tepui Sarisariñama, ya nombrada). También debemos mencionar que 9 minerales, 107 animales y 264 plantas llevan el nombre de Humboldt. Finalmente, en nuestro satélite, la luna, hay un mar que perpetúa su nombre: el Mare Humboldtianum.

La extraordinaria capacidad y conocimientos polifacéticos de Humboldt sirvieron de base para su visión y creación de nuevos índices y especialidades científicas, como su concepción y definición de las líneas isotermas, las cuales concibió en 1817; sus estudios sobre las variaciones de las declinaciones magnéticas y su magistral creación de la Fitogeografía o Geografía Botánica, o sea, la distribución de la flora mundial de acuerdo con la temperatura, la altura sobre el nivel del mar y la naturaleza de los suelos, estudio que fundamentó gráficamente en un estupendo dibujo del Chimborazo. Dejó también las bases de la Ecología, la Geografía Física y la Geofísica.

Como dice nuestro gran humanista varias veces académico, Arturo Uslar Pietri, "Humboldt no fue nunca un especialista, Humboldt fue un hombre de mirada universal; Humboldt no era el hombre de un país, ni el hombre de una raza, ni el hombre de un tiempo, ni siquiera el hombre de un planeta, Humboldt era un hombre universal que pretendía darles a los demás semejantes, como el más precioso regalo, esa visión de conjunto del ser humano". Fin de la cita.

En cuanto a la personalidad de Humboldt, creo será muy difícil encontrarle parangón alguno entre los genios, sabios, científicos y exploradores cuya vida registra la historia. Era una figura extraordinaria y descollante que sabía arrastrar a sus colaboradores. Este fabuloso personaje polifacético reunía junto a

una voluntad de hierro una mística incommovible en su destino y una energía prodigiosa, sin paralelo. A ello añadía una fineza y trato de gran cultura y bondad. Cuando tomaba una decisión sabía imponerse irreductible a quienes lo seguían o acompañaban, pero ello sin perder el control, el trato correcto y el buen juicio. Es evidente que Humboldt siempre tenía presente la célebre norma de que “Si vale la pena hacer algo, vale la pena hacerlo bien”. A este gigante de la ciencia y de la cultura indudablemente debe Venezuela el haber sido conocida en la Europa de la Ilustración.

Sorprendente en un hombre de alta clase social como lo era, el Barón de Humboldt fue siempre un liberal a carta cabal, un hombre de ideas democráticas sólidas y amplias, y un enemigo jurado de la esclavitud y del abuso del hombre por el hombre. Por ello tuvo muchos tropiezos políticos en su larga vida, dentro y fuera de Prusia. Pero su enorme personalidad y generosidad lo hicieron centro de la admiración del mundo de la cultura y le fueron conferidos innumerables condecoraciones, siempre las más altas; títulos, honores y reconocimientos.

Por cuanto respecto a su visión del matrimonio y de la familia, es una aplastante e incuestionable realidad que con su apasionado interés sin límites por la ciencia, la exploración y la vasta geografía universal, era totalmente imposible pensar en crearse lazos estables de afecto humano y tener una descendencia. Ya a los 28 años escribía; cito: “La soledad tiene mucho en su favor. Le enseña a uno a buscar dentro de uno mismo y ganar autoestima sin depender de la opinión de los demás”. Douglas Botting, su más reciente y gran biógrafo, dice del sabio: “Al parecer no tuvo jamás los instintos ordinarios domésticos de tener una familia y propiedades, de arraigarse”. Fin de la cita. Esta entrega total a la ciencia se tradujo en su edad avanzada y últimos días en una tremenda y dolorosa soledad, la cual aceptó el genio estoicamente. Fue el precio de llegar a ser *sabio universal*.

Pero nadie, ni los personajes más elevados y admirados de la historia, tienen el don de la perfección, y a su regreso del viaje a América Humboldt empezó a desarrollar, acosado por la admiración ilimitada que lo envolvía, obvias muestras de vanidad. Desde luego, tenía plena conciencia de su enorme estatura científica y cultural. Pero si bien era muy pagado de sí mismo, jamás ofendió ni menospreció a persona alguna ni cayó tampoco en ostentaciones de mal gusto. Ya en su edad madura comenzó a manifestar en sus contactos sociales con el gran mundo que lo rodeaba y en su correspondencia, una personalidad excesivamente crítica y sus comentarios verdaderamente cáusticos le hicieron objeto de repetidos ataques no poco incisivos y sarcásticos.

En 1857 la salud del sabio mostró serios deterioros por un ataque del corazón del cual pudo recuperarse. Dándose cuenta de que el fin se avecindaba,

Humboldt aceleró en lo posible y sin darse reposo, la redacción del 5° Tomo del Cosmos. El 21 de abril, agotado y acosado por una fiebre que no lo dejaba, quedó relegado a su cama. Su sobrina Gabriele von Bülow vino entonces a cuidarlo. Humboldt no sufría y su mente seguía tan despierta como siempre. El 6 de mayo de 1859 falleció, lleno de paz y de tranquilidad. Realmente había cumplido su misión, había dejado en las páginas indelebles de la historia una maravillosa misión cumplida, inimitable, de trabajo y triunfos fuera de serie; había trazado con su pensamiento un sendero imponente de logros y de nuevos horizontes a conquistar. Por ello se le honra y admira como el último *genio universal*.

El entierro, desde luego, fue apoteósico y concurrieron al mismo centenares de personas y las dignidades y personalidades científicas y políticas de Alemania, quienes lo acompañaron con las notas de la Marcha Fúnebre de Chopin hasta el cementerio familiar del Castillo de Tegel, la mansión de sus antepasados. El Sabio Universal ya pertenecía a la historia.

Humboldt vive hoy en nuestra naturaleza, en nuestros paisajes, en las montañas majestuosas del Avila y de Turimiquire. Porque supo pulsar a la vez la íntima realidad científica de cada maravilla que veía y también describir, con maestría jamás superada, con la hermosura del lenguaje de los poetas, la escondida belleza que encerraba cada flor, cada animal y cada mineral que conocía.

El grandioso viaje a las regiones equinociales, la exploración científica más completa que registra la historia, es irreplicable hoy día por la sencilla razón de que *ya no hay sabios universales*, no hay Humboldts, no existe ya, ni remotamente, la posibilidad de que una sola persona reúna en su cerebro maravilloso el inmenso caudal de conocimientos que sí pudo reunir Alejandro de Humboldt en su tiempo.

Han pasado ciertamente dos siglos. La luz en los ojos azules del grande hombre se apagó el 6 de mayo de 1859, casi a los 90 años de edad. Pero el espíritu de Humboldt vive todavía en las cenizas del Samán de Güere, en los espléndidos morichales que quiebran la ardiente inmensidad de los llanos, y en el maravilloso y enigmático Caño Casiquiare, donde se juntan en un solo abrazo, las colosales cuencas hidrográficas del nuevo mundo, la del Orinoco y del Amazonas; vive, en fin, en la noche sin estrellas de la Cueva del Guácharo.

Su nombre se pronuncia con respeto en nuestra Patria, por que supo abrir ante una Europa extasiada, ante el mundo de la cultura universal, el arca inagotable de la naturaleza que se hallaba oculta en los confines equinociales del Nuevo Continente.